

# Hermanos del Sagrado Corazón

---

## *EQUIPO DE HNOS. CORAZONISTAS*

*El Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón  
tiene su origen en el impulso apostólico del Padre Andrés Coindre:  
instruir a la juventud abandonada,  
iniciarla en el conocimiento y en el amor de Dios.  
Esta obra se inscribe en el contexto misionero de la época.  
Nuestro fundador y sus primeros discípulos reconocieron  
que la vida religiosa tiene en sí misma un valor específico  
y que, a través de ella, la labor educativa está mejor asegurada.  
(Regla de Vida, 11)*

**Fundador:** P. André Coindre

**Lugar y año de fundación:** Lyon, 1821

**Fecha de aprobación pontificia:** 22 de julio de 1894

**Nombre oficial de la Congregación:** Hermanos del Sagrado Corazón

**Fin específico:** Educación cristiana de la juventud

**Actividades propias de la Congregación:** Escuelas de todo tipo,  
formación y animación de maestros y profesores.

**Mandato especial:** ser educadores de la fe... **Privilegiados:** los niños  
más desheredados y las regiones menos favorecidas.

**Número de profesos perpetuos:** 1.317

**Número de profesos temporales:** 185

**Número de novicios:** 38

## **1. Los días de la fundación**

Tras la Revolución francesa de 1789, la situación en Francia es la de una sociedad secularizada en la que sólo los más fuertes sobreviven. Muchos sacerdotes, religiosos y religiosas son perseguidos, encarcelados e incluso guillotinos. Otros son deportados, un buen número tiene que emigrar y también los hay que viven clandestinamente, camuflados en familias o en casas alquiladas. Pero el espectáculo más deprimente lo presenta la juventud abandonada, tanto cultural como cristianamente.

Lyon, una de las más importantes ciudades francesas, tanto por su población como por su industria, se hace famosa por sus sedas y telares, de renombre mundial, pero también por su cultura y su religiosidad.

El **Padre Andrés Coindre** nace en Lyon el 26 de febrero de 1787. Durante su infancia contempla los horrores de la Revolución. Sus padres confían su educación a un sacerdote clandestino que vive cerca de su casa.

La situación de persecución religiosa parece arreglarse cuando, en 1802, Napoleón firma un Concordato por el cual se permite de nuevo el culto en las iglesias y se vuelven a abrir los seminarios.

El P. Andrés ingresa en el Seminario Menor de l'Argentière, cerca de Lyon, y continúa su carrera en el Seminario Mayor de San Ireneo. En 1812 es ordenado sacerdote por el Arzobispo de Lyon, el Cardenal Fesch, tío de Napoleón. Durante su primer año como sacerdote sigue estudiando oratoria. Al final del mismo se le nombra coadjutor de la parroquia de Bourg-en-Bresse, donde es admirado por su entrega, caridad y dotes de oratoria.

El P. Coindre recibe en su vida una doble llamada. Por una parte la de Dios, que le impulsa a dedicarse por entero a sus contemporáneos,

en especial a aquellos niños y niñas que están completamente privados del conocimiento de Dios. Su propia vivencia de Dios como ese "corazón que tanto ha amado a los hombres y que no recibe más que ingratitudes", mueve su celo apostólico, del cual impregna sus fundaciones. La segunda llamada le llega de los hombres, de la sociedad en la que vive, descristianizada, deseosa del conocimiento de Dios, que va descubriendo en su ministerio; una sociedad donde los que más sufren son los niños y jóvenes que están completamente abandonados.

Esta doble llamada le incita a dar su respuesta. Por eso ingresa en un grupo de sacerdotes diocesanos dedicados a predicar el evangelio de pueblo en pueblo, convirtiendo a la gente, bautizando, confirmando; en definitiva, unas misiones que duran unas semanas y que terminan erigiendo una cruz como recuerdo de estos días.

Una tarde de 1816, el P. Andrés recibe una nueva llamada de Dios. Al pasar por delante de la iglesia de San Nizier, encuentra a dos niñas acurrucadas en el pórtico. Las recoge y las lleva a la Cartuja de San Bruno, donde vivía con su grupo de misioneros. Después de hablar con el párroco, las instala en casa de **Claudina Thevenet**, una señorita de condición acomodada y de buen corazón, que las acoge sin reparos. A los pocos días el número aumenta y se hace necesario buscar mejores instalaciones. Poco a poco va naciendo en el corazón del P. Andrés el deseo de que aquellas mujeres se agrupen en una congregación religiosa, y de esta forma puedan dedicarse plenamente a la acogida de estas niñas y a instruir las en los trabajos artesanales de la época, aprovechando para darles también una educación religiosa. En 1818 se deciden finalmente a convertirse en una congregación religiosa: nace así la Congregación de las Religiosas de Jesús-María.

En 1817 el P. Andrés recoge a unos niños y se dispone a repetir la misma historia que con las niñas. Son seis muchachos los primeros que se instalan en los locales de San Bruno. Pero pronto el número llega a treinta, entre ellos huérfanos, pobres e incluso pequeños

delincuentes. La educación que reciben estos chicos es el aprendizaje de algún oficio, sobre todo el de tejedores de seda. Con ese fin contrata a un grupo de maestros para los talleres, que además los instruyen cristianamente. Mientras tanto el P. Andrés, infatigable, sigue recorriendo los pueblos franceses dirigiendo sus misiones.

Lo mismo que en el caso de la fundación femenina, vuelve a rondar por la cabeza del P. Coindre la idea de agrupar a sus maestros en una congregación religiosa. Descubre que de esta forma su obra puede tener futuro, y así se lo propone personalmente a cada uno. En Saint-Etienne encuentra a un grupo de hombres que vive en comunidad, dirigido por el párroco. Movidado por el Espíritu, los visita y les propone unirse a los otros más que ya tiene en Lyon con el fin de fundar así una congregación para la educación de los niños. Todos ellos aceptan y prometen fundar un colegio allí, en Valbenoite

En Lyon los prepara y adoctrina durante una semana. El día 30 de septiembre de 1821; al amanecer, sube con ellos al santuario de Nuestra Señora de Fourvière. Celebra una misa, comulgan y durante la acción de gracias, emiten sus votos privados por tres años. Tres años más tarde, en 1824, emiten los votos públicos y son reconocidos como Congregación religiosa: han nacido los Hermanos del Sagrado Corazón.

Al principio, los Hermanos se dedican a enseñar un oficio a los muchachos; pero pronto el P. Andrés decide abrir un segundo establecimiento para enseñar a leer y escribir a los niños, tal como lo hacían los Hermanos de las Escuelas Cristianas. De aquí que les envíe a sus escuelas para que vayan aprendiendo. Los Hermanos serán maestros dedicados enteramente a la educación y a la enseñanza, pero sin olvidar su condición de religiosos; por eso, su tarea no será en provecho propio, sino fruto de una llamada de Dios a la que quieren responder. Esto ocurre a partir de 1823, cuando el P. Andrés comienza a abrir escuelas rurales.

El P. Coindre no deja escritas unas Reglas por las que los Hermanos deban regirse. Cuando le hablan de ello propone que se guíen de las que tienen las Hermanas de Jesús-María. En sus cartas afirma que sólo la experiencia permite conocer lo que se debe hacer y evitar; por lo tanto, no se puede elaborar unas Reglas mientras no se haya vivido suficientemente la nueva fundación.

La responsabilidad de sus tres fundaciones (había fundado una tercera Congregación, ésta sacerdotal, la de los Padres Misioneros del Sagrado Corazón), las misiones por los pueblos, sus cartas, los artículos escritos para responder a los periódicos que atacan a la religión..., van desgastando su vitalidad y su vida. Decide retirarse al seminario de Blois con la intención de poder descansar; sin embargo, se carga de más trabajo. Una extraña enfermedad va haciendo mella en este hombre de 39 años llevándole a perder por momentos su equilibrio mental.

Una noche, delirando, se levanta de su cama y, en un descuido de sus enfermeros, se asoma al balcón, se cae y fallece: es el 30 de mayo de 1826. Durante bastante tiempo los Hermanos muestran cierto recelo a la hora de hablar de su fundador, debido a la extraña forma en que había muerto, y su figura es bastante olvidada en el Instituto e incluso en la diócesis de Lyon.

A su muerte, el P. Andrés Coindre deja huérfanas a sus congregaciones recién nacidas. Los Padres Misioneros del Sagrado Corazón desaparecen tempranamente. Para las Hermanas de Jesús-María ha preparado unas Reglas. Los Hermanos no han recibido otra indicación que sus cartas, en las que, a grandes pinceladas, podemos descubrir sus rasgos y su espiritualidad. Si añadimos que la figura del religioso educador está todavía conformándose en aquella época, podemos comprender que los primeros Hermanos del Sagrado Corazón dirijan sus pasos tras las huellas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

## 2- Nuestra pequeña historia

*Siguiendo al Fundador,  
el Hermano Policarpo, el Hermano Xavier  
y demás antepasados nuestros caminaron por  
sus sendas de la mansedumbre y de la humildad.  
Se santificaron haciendo realidad el AMETUR COR JESU,  
nuestra divisa y común esperanza.  
Hicieron de la caridad el todo de su vida,  
la inspiración de su actividad apostólica y misionera.*

*(Regla de Vida, 12)*

La fidelidad a los orígenes se va perfilando a lo largo de la historia en la respuesta que los Hermanos van dando en un momento determinado a tenor de los acontecimientos que les interpelan. Para ir viendo la fidelidad real de los Hermanos a nuestro carisma de fundación, vamos a fijar nuestra atención en *tres momentos especialmente significativos*.

*Un primer momento* es el período que transcurre entre 1841 y 1859: se trata del generalato del **Hermano Policarpo**, primer Hermano Superior general (anteriormente habían desempeñado el cargo el P. Andrés Coindre, fundador, y su hermano **Vicente** también sacerdote, quien le reemplaza a su muerte). El H. Policarpo, hombre sencillo, nacido en un pueblecito de los Bajos Alpes, no tiene otra formación que la de maestro, y se distingue por ser un buen religioso y un gran superior, lleno de dulzura y firmeza, con gran sentido común y un marcado espíritu de oración.

Señalemos algunos acontecimientos anteriores que han condicionado nuestra historia y que explican la importancia que tuvo la providencial actuación de este singular religioso. En primer lugar, la prematura muerte del fundador deja sin definir debidamente un carisma propio; tampoco están redactadas las Reglas del Instituto. Tras la muerte del P. Andrés, le sucede su hermano Vicente, quien con su mala gestión sitúa al Instituto en una coyuntura económica muy grave. Por último,

la ley Martignac y la Revolución de 1830 ejercen una fuerte y negativa influencia en la Congregación.

Se está dando, por lo tanto, una cierta carencia tanto a nivel material como espiritual. A la superación de la primera contribuye lo que algunos autores han dado en llamar la "ética protestante", el gran valor dado al sacrificio, la abnegación, la renuncia y la austeridad de vida, que propicia una gran prosperidad. Pero ésta no puede ser una respuesta coherente, de hombres de Dios, si no está íntimamente unida y conjugada con la respuesta a la carencia espiritual y de formación de los Hermanos. Hay que tener muy claro por quién se vive ese espíritu de austeridad y trabajo. Por ello, en 1851 el H. Policarpo cree importante establecer el escolasticado para procurar una mejor preparación a los formandos, iniciarles en la vida religiosa e instruirlos. Con todo, la gran aportación del H. Policarpo es la Regla: el P. Coindre no ha dejado a los Hermanos sino un pequeño esbozo de la misma, y la referencia más cercana que de ella podemos encontrar es la de las Religiosas de Jesús-María, fundadas por él y por Claudina Thevenet. Durante algún tiempo ésta es la Regla para los Hermanos. Con el fin de mantenerse fiel al P. Coindre, el H. Policarpo compila el mayor número de documentos escritos por el fundador: el primer esbozo de la Regla, sus cartas... La fidelidad al fundador se advierte también en las fuentes que el H. Policarpo utiliza a la hora de elaborar la Regla: las constituciones de San Ignacio y la Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

La Regla compuesta por el H. Policarpo tiene una profunda dimensión espiritual, una espiritualidad centrada en el Sagrado Corazón, rasgo de identidad que nos lega como herencia nuestro fundador. Por otra parte, esta espiritualidad se caracteriza por tener un marcado carácter devocional, como es habitual en esta época. La jornada de los Hermanos está salpicada de tiempos, más o menos prolongados, de oración, de estudio del catecismo, así como de lecturas y de conversaciones sobre temas piadosos. La observancia de tal multiplicidad de ejercicios

piadosos se hace difícil para unos religiosos de vida activa. Tan alta exigencia en la vida de oración ha de ser atemperada en la redacción definitiva de la Regla, al imponerse la realidad a los buenos deseos de todos.

El tipo de misión definido por esta Regla da gran importancia a la escuela, muy concretamente a la escuela popular y a la catequesis en la escuela. Por último, como rasgo nuevo y particular, el H. Policarpo envía a los Hermanos al ejercicio de la misión en otros países. En la Regla por él escrita se lee: "Es conforme a su vocación [...] fijar su morada en cualquier región del mundo donde crean que pueden rendir a Dios mayores servicios y ser más útiles a la salvación de los niños". Durante su generalato los Hermanos se establecen en los Estados Unidos.

El H. Policarpo entiende que la comunidad es el alma de la vida religiosa. Por ello, el reglamento que articula la vida de los Hermanos les lleva a vivir todo el día juntos y a trabajar siempre en común.

*El segundo momento* que va a ocupar nuestra atención corresponde a la época de la expulsión de los religiosos educadores de Francia, como culminación del período de separación entre la Iglesia y el Estado. Para Weber, con el siglo XIX concluye el proceso de civilización, cultura o sociedad, e incluso de religión que ha conducido a Occidente a lo largo de casi tres siglos. Esta situación se hace más palpable y radical en Francia, donde se encuentra la mayor parte de los miembros de nuestra Congregación.

En el período de la expulsión ocupa el cargo de Superior General el **H. Paulus**, hombre de inteligencia brillante, elegido en 1900 para un período de doce años. Su elección es un intento de dar respuesta a una situación que se veía venir; situación a la que, según algunos miembros del Capítulo general disconformes con el generalato anterior, el **Hno. Norbert** no puede responder satisfactoriamente. Se

da un enfrentamiento entre dos mentalidades, dos formas de entender el Instituto. Quizá la nueva sensibilidad de los contrarios al H. Norbert ve la necesidad de un cambio, quizá tienen una intuición que los demás no captan a tiempo. Pero puede ser que se trate sencillamente de discrepancias sobre la forma de gobierno. Así el Hno. Paulus se ve al frente del Instituto en el momento en que un nuevo concepto de sociedad se abre paso ante la incomprensión de los políticos conservadores y la pobreza de pensamiento teológico de la Iglesia francesa.

A medida que la III República avanza hacia su fase de "República radical", se tiende hacia la centralización de la educación, con la estatalización de las escuelas. Los Hermanos comienzan a sentir el rechazo de la sociedad, todo lo suyo entra en crisis y deben afrontar unas situaciones muy difíciles: el nuevo modo de sostenimiento económico de sus obras, el nuevo régimen fiscal de sus propiedades, el servicio militar, la contestación interna en busca de nuevos modelos institucionales, la efervescencia social, las orientaciones pontificias... Y todo culmina en la Ley de Asociaciones de 1901.

La primera reacción es de resistencia. Las congregaciones francesas se unen en la lucha. El alto número de miembros, así como el posible apoyo de antiguos alumnos y de parte de la población, mantienen la esperanza. Pero la unidad se rompe, el ministro sabe qué hilos ha de mover y cada uno intenta una solución a su medida, sin obtener ningún resultado. Ante la inminente disolución, el Consejo General adopta una serie de medidas: los Hermanos son enviados a casas de familiares o amigos; se convoca un pequeño retiro en junio de 1903 donde se dan nuevas indicaciones; se decide fundar en Bélgica y en España; se va organizando la salida hacia EEUU, Canadá, Italia, Bélgica y España.

En semejante situación, el Superior general se ve abatido por el desaliento y la falta de iniciativa, sumido en una profunda depresión, por lo que sus Asistentes deben asumir toda la responsabilidad.

Con la disolución llega el embargo, por el que pierden todos los establecimientos a nombre de la Congregación, excepto la escuela de sordomudos de Le Puy. Posteriormente recuperan algo más de la mitad del total de sus escuelas: unas directamente; otras que habían permanecido bajo la atención de comités parroquiales; y un tercer grupo, perteneciente a particulares, que no habían sido embargadas.

Las respuestas de los Hermanos ante estos hechos pueden clasificarse en tres bloques. Hacia 1903, el 17% opta por la expatriación, siguiendo con el mismo modo de vida y de misión en otros lugares, intentando mantener el tipo de vida religiosa llevado anteriormente. Un número mayor de Hermanos, el 29%, abandona la Congregación, entre ellos el Superior general, H. Paulus; algunos de ellos lo hacen siguiendo en ocasiones el consejo de párrocos y obispos, que no comprenden muy bien la vida religiosa laical y que están más preocupados por la continuidad de sus escuelas. La mayoría de ellos permaneció en el mundo de la educación. Con todo, para valorar mejor las "pérdidas", hay que tener en cuenta el envío a sus casas de los juniors, el abandono de muchos novicios, así como la posterior dificultad en el reclutamiento. El resto de los Hermanos, el 53%, opta por una "secularización aparente": a los ojos de la ley están secularizados, pero viven ocultamente en comunidad y (en la medida de lo posible) llevan la misma vida religiosa que antes, ejerciendo su apostolado como educadores en las escuelas que se han podido conservar.

Y vamos ya *con el tercer momento*. Los años de la postguerra favorecen el crecimiento numérico y la prosperidad de la vida religiosa docente. La educación privada carece de cortapisas en los distintos estados y el desarrollismo de estos años conduce a dejarse llevar por el espejismo del prestigio, abandonando pequeñas obras para crear grandes y poderosos colegios.

Al mismo tiempo se está gestando un cambio. En la última mitad de nuestro siglo, la cultura, la sociedad, y la sensibilidad general están

cambiando y el Concilio Vaticano II es la constatación de ello. La Iglesia no puede permanecer por más tiempo de espaldas al mundo, y abre sus ventanas para que un viento fresco entre y la renueve.

El Concilio Vaticano II es un acontecimiento fundamental en la Iglesia de nuestro siglo. ¿Qué supone para nosotros el Concilio? Una renovación que provoca un cambio en la manera de entender la espiritualidad, la vida de comunidad, el concepto de obediencia.

Tras el Concilio, la comunidad se plantea como una realidad más abierta a su entorno, al mundo, abierta incluso hacia dentro, hacia cada uno de sus miembros. La vida de oración se torna menos devocional, más personal, menos partidaria de las fórmulas y más de la meditación, la reflexión y el encuentro con Dios. Los votos también sufren profundos cambios, no en su esencia, pero sí en su comprensión y en su vivencia concreta. Todo ello conduce a un replanteamiento de la vida religiosa y, en consecuencia, a la pregunta por lo nuclear de este modo de vida, por el porqué de la propia vocación.

Estos cambios ayudan a buscar una renovación y una autenticidad en la vida religiosa; pero también son motivo de desconcierto para quienes, apoyados más en la estructura, pierden de vista la causa originante de la misma. La personalización que exige el nuevo modo de vida religiosa, originada a la luz de los últimos acontecimientos, es tan grande que en bastantes Hermanos se da una crisis de identidad tal que les conduce a una pérdida de la vocación.

El desconcierto que causa el paso de la organización a la personalización no es algo que podamos dar por cerrado. El nuevo enfoque de la vida religiosa y la nueva forma de entender al hombre de la sociedad moderna nacidos del Vaticano II, son cuestiones que todavía estamos digiriendo, que aún debemos asimilar. Los textos conciliares y los de la propia Congregación son en muchos casos de gran contenido y

actualidad; pero su comprensión y vivencia práctica por parte de los Hermanos todavía no ha sido completa.

Otra cuestión de notable importancia suscitada a raíz del Vaticano II y de los documentos posteriores sobre la vida religiosa, es la aceptación del sacerdocio en nuestro Instituto, exclusivamente laical en su origen y vocación primera. El primer criterio esgrimido para la aceptación del principio del sacerdocio es el pastoral; pero puede que en esta opción se mezclen criterios de utilidad con algunos deseos personales y que, a veces, no se tengan suficientemente en cuenta las cuestiones acerca de la identidad que tal aceptación origina. Actualmente se mantiene una legislación restrictiva para que prevalezca el carácter laical, pero sigue siendo motivo de estudio y debate.

Acontecimiento importante en estos años es la llamada "revolución tranquila" de Canadá, que consiste en la compra de los colegios privados por parte del Estado. En un primer momento el hecho no tiene gran incidencia, pero poco después los Hermanos deben buscar otros campos de acción pastoral. Esto provoca un boom misionero e induce a los Hermanos a buscar alternativas a un determinado modelo de escuela y de misión en favor de la infancia y de la juventud. Pero se produce también una desidentificación con la escuela, originada por la diversidad de apostolados (algunos de los cuales no guardan gran relación con nuestra identidad), y además contribuye en cierta forma a la disminución de vocaciones por la menor presencia de los Hermanos en la escuela. La importancia de este acontecimiento en nuestra Congregación es capital, ya que en Canadá vive entonces casi la mitad de los Hermanos del Instituto. Por este motivo, las implicaciones derivadas de dicho acontecimiento, tanto en su momento como en la actualidad, se dejan sentir fuertemente en el Instituto. Y así, la repercusión que aquella tranquila revolución tiene sobre la identidad y sobre el concepto de misión de los Hermanos incide en todo el mundo.

### **3. Hoy**

*Formar parte del Instituto hoy  
es creer en el Amor de Dios, vivir de él y difundirlo;  
es, en cuanto religiosos educadores,  
contribuir a la evangelización,  
principalmente por la educación de los jóvenes.*

*(Regla de Vida, 13)*

La actual celebración del Sínodo de los Obispos está demostrando de modo absolutamente claro la situación de crisis que vive la vida religiosa. Hay incluso quienes hablan de la noche oscura de la vida religiosa.

Tras los esfuerzos de renovación promovidos por el Vaticano II, tenemos una sensación de incompletitud, de cansancio, de desencanto... Por eso seguimos hablando de revitalización, de renovación, de refundación. Y por eso también nuestros documentos tienen que seguir invitándonos a la audacia evangélica y a la fidelidad al propio carisma.

En el fondo, continuamos interrogándonos acerca de nuestro futuro, y vamos descubriendo penosamente que quizás nuestra crisis es estructural, y que para resolverla no bastan los esfuerzos ni las invitaciones a la conversión. La fidelidad al Señor nos está desvelando que vivimos un nuevo paradigma cultural, nuevo vino incontenible en los odres viejos ya reventados.

Si la vida religiosa en general vive momentos de dificultad, los religiosos educadores laicales nos encontramos en una situación más dramática si cabe. No es fácil ni cómoda la situación de las congregaciones laicales masculinas en la vida y en la misión de la Iglesia. En efecto, la falta de una adecuada comprensión de la vida religiosa laical masculina crea muchos equívocos dentro de la misión de la Iglesia. Todos estamos de acuerdo en que se hace imprescindible una teología de la vida religiosa laical.

La vida de nuestros Hermanos está fuertemente marcada por la nueva situación cultural que ha revolucionado la relación entre la vida religiosa y la sociedad, y la interacción entre la escuela y la sociedad. En situación semejante, nos interrogamos acerca de nuestra identidad, es decir, de la unidad entre nuestra consagración religiosa y nuestra dedicación a la educación. Intentando hacer vida el artículo 13 de nuestra Regla de Vida, arriba citado nos preguntamos cómo podemos ser testigos creíbles del Amor de Dios en la mediación de la educación. Desde nuestra condición de Hermanos, necesitamos descubrir qué relación existe entre nuestra fidelidad al Señor y a los hombres que nos interpelan, y nuestro vivir en comunidad. Sabemos que el Amor de Dios es la raíz de nuestro vivir juntos y la fuente de sentido de nuestro trabajo de maestros: sólo nos queda creerlo, vivirlo y difundirlo. Será la gracia de Dios, y no nuestras palabras, la que lo logrará.

En apretada síntesis ofrecemos las conclusiones a las que llegó la Reunión de Superiores Mayores del Instituto (octubre de 1992), previa al Capítulo general, celebrado en Roma en septiembre de 1994.

*La evangelización precisa del testimonio visible de personas y comunidades que vivan lo que dicen ser. Por lo tanto, el primer paso para ser evangelizadores es nuestra profunda conversión y renovación.*

*Convertirnos es tener a Jesucristo como origen, centro y meta de nuestra acción apostólica; es profundizar en la identidad de nuestra vocación de religiosos-educadores-laicales; es abrirnos a la cultura como lugar donde evangelizamos y somos evangelizados.*

*La revitalización de nuestras comunidades depende de la formación continua de los Hermanos. La adecuada formación inicial y continua es también esencial para poder evangelizar.*

*Compartir nuestro carisma y nuestra misión con nuestros colaboradores laicos supone, ante todo, comprometernos en su formación y acompañamiento.*

*Evangelizar es también humanizar. Como Hermanos del Sagrado Corazón, cercanos a los jóvenes, debemos estar particularmente atentos a este aspecto en nuestro modo de vivir y obrar.*

*Nuestros centros educativos deben crear lugares de expresión de la palabra donde los jóvenes y sus formadores puedan ser escuchados y reconocidos..*

*Nuestros centros educativos deben crear espacios de libertad, donde puedan nacer posibilidades de encuentro entre los jóvenes con el mensaje humanizador propuesto por Jesús de Nazaret.*

*Nuestros centros deben elaborar proyectos educativos centrados en la construcción libre y responsable de la persona humana.*

*La escuela crítica y creativa con sus programas educativos, puede seguir siendo lugar privilegiado para la evangelización y la catequesis.*

*Nuestras escuelas deben reflexionar sobre el modo cómo pueden convertirse en centros de evangelización, a través de la educación, ejerciendo una crítica cultural.*

*Nuestras escuelas deben esforzarse por crear un ambiente que favorezca la síntesis entre la fe, cultura y vida.*

*Nuestras escuelas deben revisar sus métodos educativos y optar por un acompañamiento que nos haga más cercanos a los jóvenes.*

*Para ser evangelizadores, nuestros centros deben proponerse la educación integral de los jóvenes adaptándose a su situación y necesidades reales, educándoles en los valores humanos y espirituales y para un compromiso efectivo, cristiano y social.*

*Nuestros centros educativos deben fomentar movimientos juveniles que ofrezcan espacios de reflexión y vida.*

*Nuestros centros educativos deben abrirse a los jóvenes más necesitados.*

*Nuestros centros educativos deben elaborar programas de formación social, teórica y práctica, que eduquen a nuestros alumnos en el compromiso social cristiano, como forma concreta de evangelización.*